

—¿Qué será esto? repitió el anciano; es el botuto, la trompeta sagrada, por medio de la cual se llama á los Caribes á la guerra.

—¿Qué me importa! exclamó Soto; yo lo que quisiera saber, es cómo ha venido aquí el libro del Padre Acosta. Abrigo sobre esto algunos temores.

Apénas habia pronunciado Soto estas palabras, cuando apareció á su lado la figura de un indio. Era el Piache.

## CAPITULO XVII.

### La fuga frustrada.

La fiebre de Julia no habia cesado enteramente, aunque la medicina del Piache habia producido efectos benéficos. Este continuó visitando á la enferma; pero jamás solo, sino en compañía del Apoto, de manera que no se podian entender Arabela y él, sobre el auxilio prometido por el Padre Acosta.

Habian trascurrido ocho dias, y en todo este tiempo dejó de asistir el Piache, por lo cual las esperanzas de Arabela se habian convertido en cuidados por su maestro y amigo. Que éste se encontraba cerca de ella, no tenia duda; pero ¿qué se habia hecho su protector? También era un hecho que se habia confiado al Piache ¿le traicionaria éste acaso?

Estos pensamientos pasaban por la mente de Arabe-

Ja, cuando repentinamente volvió el Piache, acompañado como siempre del Apoto, quien se sentó con su gravedad acostumbrada, mirando las ceremonias fastidiosas del hechicero. Sin embargo, le pareció á Arabela que el viejo Jefe se hallaba un poco preocupado. Sus ojos, en lo general fijos y tranquilos, mostraban fuego de cuando en cuando, y sus facciones tenían entonces mas que otras veces, una expresion guerrera. Se notaba que su espíritu se hallaba ocupado en otros pensamientos, sobre objetos distantes de los que le rodeaban. El Piache parecia el mismo que antes, porque sus ridículos adornos, sus danzas y las charlatanerías que empleaba con la enferma, no se habian cambiado en nada. Las mismas danzas y gesticulaciones, y tambien las mismas medicinas, que no dejaron de producir sus benéficos efectos. Al fin concluyó la ceremonia; el Piache, acompañado del Apoto, se alejó sin proferir una palabra, y sin siquiera haber dirigido una sola mirada á Arabela. Esta habia perdido toda esperanza y derramado por esto copiosas lágrimas.

—¿Qué tienes? le preguntó Julia, porque era la primera vez que veia á su amiga sin su acostumbrada serenidad. Entónces ya no pudo callar mas Arabela, y comunicó á Julia el secreto que tantas esperanzas le habia hecho concebir, y las que entónces parecian desvanecidas.

Repentinamente dió Julia un grito de terror, exclamando:

—¡Una serpiente!

Era que habia visto cerca de sí un objeto que parecia un reptil; pero Arabela reconoció luego una de aquellas colas de tigre con que estaba adornado el ceñidor del Piache.

Tomó con repugnancia la cola para tirarla..... cuando observó que contenia algo..... un pensamiento rápido como el rayo pasó por su mente... y... en el mismo

instante tenia en sus manos una pequeña tira de pergamino, que habia sacado de aquella cubierta tan original.

Tambien en esta vez contenia pocas palabras escritas con lápiz; Arabela las leyó con voz temblorosa:

«Mañana á la salida del sol, lleva á tu amiga al aire libre. Dirige tus pasos como por casualidad, aún cuando tengas guardias, á la roca negra que se divisa al Oriente. Esperad allí donde el riachuelo forma una catarata, y estad preparadas para la fuga y vuestra salvacion.

*Padre Acosta.»*

Julia reconoció en esto la Providencia divina que velaba sobre ellas, y felices se abrazaron las dos, llenándoles de satisfaccion que el Apoto permitiera el paseo á la enferma, con tal que las siguieran algunos guerreros armados.

Lentamente pasaron las horas del dia, mas lentamente aún las de la noche, porque en toda ella no cerraron los ojos, y apénas apareció el sol cuando salieron las dos de la choza.

Sabian bien que se las vigilaba dia y noche, aunque algunas veces solo de léjos, de manera que no les extrañaba encontrar en la puerta de la choza, á un Caribe que las seguia paso á paso.

Pudieron avanzar poco, porque Julia, apoyada en el brazo de Arabela, se sentía muy débil y con pocas fuerzas; pero no dejó de fortalecerla el aire fresco matutino, mientras la excitaba por otro lado la esperanza y el temor del buen ó mal éxito de su empresa, aumentando sus fuerzas de minuto en minuto.

El corazón de Arabela palpitaba no ménos fuerte, pero este sentimiento lo producía una esperanza halagüeña, que hacía circular su sangre mas violentamente por sus venas; mientras la fuerza de su espíritu le daba

un vuelo tan atrevido, que hubiera sido en aquel momento capaz de ejecutar una accion heroica.

Jovialmente platicaba con Julia, teniendo la roca negra constantemente á la vista, y dirigiendo sus pasos como por casualidad hácia ella; ya estaban bastante léjos de la aldea de los indios, cuando llegaron á la catarata, acompañadas siempre del Caribe; se habian agotado las fuerzas de Julia, que cayó al suelo desmayada.

Arabela se estremeció, pensando en los nuevos peligros que pudieran resultar de este contratiempo. Afortunadamente recobró Julia sus sentidos, merced á la agua fresca del riachuelo, y se sentó junto á su amiga reclinando su pálido rostro en el hombro de Arabela.

De pié junto á ellas, se hallaba el indio con su arco y sus flechas envenenadas, sobrevigilando cada uno de sus movimientos, y observando el menor ruido de los alrededores, sin moverse, como una estátua de bronce.

Arabela reanimaba constantemente á su amiga, que embargada por la emocion, no podia articular ni una palabra; empero sus ojos, llenos de lágrimas, expresaban el agradecimiento mejor que la viva voz. La excitacion de ambas habia llegado á tal grado, que Arabela, para no dar lugar á sospechas, se puso en pié y cantando una cancion se puso á coger flores; pero su voz temblaba lo mismo que sus manos, y el menor ruido en el bosque, y el mas lijero movimiento de las ramas de los árboles, hacian estremecer á las dos.

Un gran venado apareció de repente detrás de algunas ramas. Los ojos del salvaje se reanimaron; violentamente cambió la flecha envenenada por otra que no lo estaba; levantó el arco..... sin ruido voló la flecha..... un salto del venado, y luego cayó al suelo sin vida.

Este éxito era demasiado para la pasion de un salvaje, é inmediatamente se fué á traer el venado. En el mismo instante se abrieron las ramas de un arbusto,

apareciendo por un momento la figura del Piache, que les hizo una seña hácia la roca, volviendo luego á desaparecer.

Arabela le habia comprendido. Con la velocidad del pensamiento tomó á Julia en sus brazos, llevándola detrás de la roca mas próxima. Un grito de muerte que resonó, no la detuvo. Era del indio que, traspasado por una flecha, cayó junto al venado que acababa de matar. No habia tiempo que perder; toda su existencia se concentraba en un pensamiento..... porque no léjos de sí veía al Padre Acosta, abriendo los brazos á su favorita, á su amada discípula.

—¡Padre Acosta! exclamó Arabela, volando con todo el ímpetu de una alegría embriagadora á los brazos de su maestro, que, generalmente tan grave y lleno de dignidad, la estrechó con igual ardor.

Pero no habia tiempo que perder. Uno de los Otomacos ya habia tomado á Julia en sus brazos y empezaban á subir la roca; el Padre Acosta y Arabela les siguieron; primeramente debian llegar al campo de los Otomacos, y despues volver á su querido hogar.

Mas... ¿qué es esto? ..... ¿por qué cae uno de los salvajes tan repentinamente?..... agoniza..... tiene una flecha en el corazon.

Arabela dió un grito..... una multitud de indios forman un ancho círculo al rededor de ellos..... ¡oh!... los conoce demasiado..... son Caribes!..... y á la cabeza de ellos vé inmóvil y erguido como un rey..... al Apoto!

¡Su ojo habia sido mas vigilante de lo que sospechaba Arabela!